

PUBLICACIÓN MENSUAL

CRONISTA MUNICIPAL

# 18 DE JULIO



H. AYUNTAMIENTO DE JOJUTLA MORELOS 2019-2021

N° 19 OCTUBRE- 2020  
NOVIEMBRE



## **POR VEZ PRIMERA EN LA HISTORIA, LA ALEVOSA PANDEMIA OBLIGÓ A CERRAR PANTEONES, PERO NO LOS OLVIDAMOS.**

Es importante conservar nuestras tradiciones, enseñar a nuestros hijos la importancia de ellas y disfrutarlas en familia. Aun cuando este año ha sido muy difícil para todos, mucha gente hizo su ofrenda en casa. El H. Ayuntamiento decidió que a quienes pusieron su ofrenda, grande o pequeña, les condonará el año 2020 el pago de perpetuidad, y si pagaron este año se les condonará 2021.

Foto: LAURA CATALINA OCAMPO GUTIÉRREZ





# FELIPE CONTRERAS OCAMPO “EL CHIPILÓN”

## FELIPE CONTRERAS HERNANDEZ “EL CHIPIS”

Por Griselda Contreras Hernández

### “EL CHIPILÓN”

Nació en Jojutla el 17 de mayo de 1947. Tercer hijo de Leopoldo Contreras Alday y Ernestina Ocampo Alday. En su infancia iba a la primaria y le ayudaba a su papá que era el encargado de las tierras de uno de los Hui-cochea.

En su adolescencia trabajó de chalán en la carnicería de Jesús Zavaleta en el mercado viejo.

Cuando tenía 19 años se fue a trabajar a Veracruz.

Se casó a los 22 años con Altagracia Hernández Alderete, procreo 5 hijos sus orgullos: José, Griselda, Felipe, Martha y Mireya.

El 15 de agosto del 1970 fue de los comerciantes fundadores del mercado Benito Juárez. Fue un esposo trabajador y padre responsable. En sesenta y tantos años de trabajo solo se permitía dos o tres días de descanso por año.

Agradecido con la vida y con Dios por permitirle sembrar en tierras de su propiedad un sueño más cumplido, así como también tener carnicería propia en mercado Benito Juárez, fruto del esfuerzo en familia.

Vendió cerca de 50 años carne y cocido de res.

Siempre de buen humor y platicón, le gustaba contar sus anécdotas y las terminaba con un chiste. Los valores que nos inculco fue de honestidad, respeto, perseverancia, empatía y fortaleza, mismos valores que los nietos vieron en él.

### “EL CHIPIS”

Nació el 19 de diciembre de 1972. Tercer hijo de Altagracia y Felipe. Fue un niño muy inquieto, deportista, le gustaba jugar futbol, participó en liga



infantil. Se casó a los 16 años con María Luisa Martínez Cornelio y tuvieron tres hijos: Lizet Guadalupe, Luis Felipe y Dulce Alejandra.

Durante mucho tiempo perteneció al gremio de Restaurante Bar, siempre alegre, dicharachero, bromista. Tenía 20 años vendiendo tacos de cocido de res.

Cuando tenía 5 años, unos tíos se lo llevaron a un partido de futbol del Zacatepec; otros tíos se llevaron a mi otro hermano. Durante el partido él iba y venía con los otros tíos. Cuan-

do finalizó el partido, todos salieron creyendo que se lo habían llevado los otros tíos. A las 9 de la noche llegaron mis padres de vender tacos de cocido; mis tíos vieron que mi hermano no venía con mis papás y entonces dieron cuenta que lo habían perdido. Se fueron a buscarlo a Zacatepec, preguntaron en calles aledañas al estadio y nadie lo había visto, fueron a la estación de policía y les dijeron que tampoco. Mi madre estaba desesperada. Cinco horas después, gracias a Dios, un policía lo encontró y se lo entregó a mi madre.



## PRESBITERA FLOR GONZÁLEZ SOTO: MUJER DE INCANSABLE FUERZA EN LA EXPANSIÓN DEL EVANGELIO.

Nació el 29 de noviembre de 1955 en Matehuala, San Luis Potosí. Cuarta hija de Vicente González y Máxima Soto quienes tuvieron otros once hijos. Su infancia y parte de su juventud la vivió en el Estado de México.

Cuando Flor tenía 17 años fue la primera de los hijos en confesar a Jesús como su Salvador. Esa ocasión vio un coro de ángeles celestiales y a Jesús, con sus brazos extendidos, invitándola a venir a Él. Esa experiencia marcó su vida para siempre.

A la edad de 18 años inició sus estudios teológicos en el Instituto Bíblico Bethsaida de Durango. Formó parte de la generación "Jesrael" (1974 - 1977) que significa "sembrados por Dios". Flor colaboró en Durango unos meses y después regresó a su iglesia donde colaboró un corto tiempo con sus líderes y pastor.

En 1978, el Superintendente del Distrito Sur, el Pbro. Marino Meseguer la invitó a tomar una misión en el Municipio de Jojutla, Morelos. Sus condiscípulas Ma. Lourdes Muñoz y Nelva Alcalá co-



laboraron con ella en esa encomienda. Después de dos años, Flor y Lourdes iban a ser trasladadas a otra obra y el pastor Fernando Ávila Aguirre llegó para suplirlas. En ese momento- Fernando y Flor se conocieron- Dios unió sus corazones y se casaron en junio de 1980, oficiando su boda Antonio Rivera, director del Instituto Bíblico Bethsaida. Procrearon cuatro hijos: Jemima, Cesia, Keren y Ángel Fernando.

Desde entonces hasta ahora, ellos han

sido los pastores de la Iglesia Cristiana Jesús el Buen Pastor, ubicada en Jojutla, Morelos. Congregación que ha sido un semillero de muchos obreros que sirven al Señor en diferentes lugares dentro y fuera de México.

Flor colaboró en la Coordinación del Instituto Bíblico Ana Sanders Campus Morelos, fue coordinadora distrital de Damas en varias ocasiones y Presidenta de Sección repetidas ocasiones.

La presbítera Flor González Soto fue una mujer visionaria, valiente, comprometida, formadora de siervos, pastora, madre, pionera en el evangelio en Jojutla y excelente ayuda idónea del pastor Fernando Ávila, su amado compañero vida.

El 8 de junio de 2020 Dios la llamó a su presencia, dejando un legado impactante e invaluable en muchos corazones.

La recordaremos siempre, con amor, respeto y gran admiración.



### DIRECTORIO:

Lic. Juan Ángel Flores Bustamante  
Presidente Municipal

C. Bertha Gómez Ocampo  
Síndico Municipal

### Regidores:

- C. Alejandro Peña Ojeda
- C. Carlos Salgado Olvera
- C. José de Jesús Pedroza Bautista
- C. Carlos Alberto Brito Ocampo
- C. Daniel Dircio Sánchez

Oscar Julián Vences Camacho  
Cronista Municipal

Nora Celia Domínguez Maldonado  
Dirección de Comunicación Social

Israel Rafael Hernández  
Coordinador de Diseño e Identidad Institucional





# DÍA DE MUERTOS EN TEHUIXTLA

Emmanuel Espín Pineda

Recuerdo que cuando niño, cada año ante mis ojos, mujeres de coloridos mandiles y rebozos negros cargaban manojos de flores “apestosas”, encendían velas y copales, ponían altares con sábanas blancas y manteles caladitos sobre una mesa en un rincón especial de la casa. La llenaban con fruta colorida, santos, veladoras, retratos, vasos, comida... Colgaban tendereros de papel picado, pero lo más sabroso de esos recuerdos era ver el pan de muerto con su azúcar rosa a la luz de los cirios y salir con los amigos a pedir “la calaverita”.

## LAS OFRENDAS O ALTARES

Tehuixtla tiene su peculiar forma de ofrendar. Retoma elementos mestizos de raigambre indígena y española. El altar está compuesto generalmente por tres niveles, se coloca una mesa grande con blancos manteles deshilados de “bolillo”, sobre los que se ponen servilletas de tela con bordados florales o religiosos con los nombres y fechas de nacimiento y muerte de los difuntos. Se hace un arco con varas de acahual, carrizo o caña. Al centro de la mesa se sitúa un cajón que se forrará de con tela blanca o papel, donde se instalará la imagen de Cristo o el Santo o la Virgen de la devoción familiar, ocupando simbólicamente el nivel más alto de la ofrenda. Justo debajo estarán los retratos de nuestros difuntos y en el suelo, sobre un petate en el nivel inferior se hará un camino con flores de cempasúchil, donde se pondrá una cruz hecha con la panoja de sorgo o de la cosecha de temporada. Al frente se ubican siete velas sobre un burrito de cama de otate. En la mesa se colocará fruta de temporada; manzana, plátano macho, mandarina, naranja, tejocote, los guisos que en vida le gustaban al difunto, algunos gustos como gaseosas, cigarros o aguardiente, dulce de calabaza, conserva de camote o tejocote, arroz con leche. El pan de muerto



de Tehuixtla con sus diversas formas, las tradicionales carretillas y los suculentos tlaxcales, sin olvidar las veladoras, las flores de nube y cempaxúchitl, un vaso con agua y una cazuelita con un poco de sal. Se decora el fondo del altar al estilo de la levantada de la cruz, sobre los lienzos blancos espaciadamente con alfileres se prenden hojas de enredadera de “espárrago” o “pino criollo” con flores blancas y/o claveles rojos, así como algunos angelitos o querubines de papel. El moño negro hecho con una mantilla española irá al centro. En el cielo se coloca papel picado azul celeste y/o morado con sencillas forma de cruces o flores, además de estrellas doradas de diferentes medidas y palomas blancas. Al final todo se ahúma con resina de copal quemada con ocote en un pequeño incensario, al tiempo que se reza en familia un padre nuestro.

Una de las ofrendas que más destacan

por tradicional, es la que coloca año con año la familia de la señora Teresa Corbalá, ella misma bordaba sus servilletas en punto de cruz con motivos de ángeles, flores e imágenes religiosas para su altar. Además, colocaba los nombres y fechas de nacimiento y muerte de sus difuntos.

## LOS PASACALLES DE LAS ÁNIMAS

Antes la costumbre familiar era salir a pedir y cantar “la calaverita”. Los días 30 y 31 de octubre, se reunían los adolescentes y niños en pequeñas comitivas disfrazados de ánimas y calaveras, el día 1 de noviembre lo hacían los adultos. Recorrían las calles del pueblo de puerta en puerta pidiendo pan. Para ello, entonaban “la calaverita” a capela o acompañados de alguna guitarra. Desde hace varios años, esta costumbre se retomó por iniciativa mía y del sacerdote Gregorio Tlapa,



colocando estratégicamente cuatro ofrendas monumentales en el primer cuadro de la comunidad, las cuales son visitadas por los asistentes del pasacalle de las ánimas, quienes es requisito asistan disfrazados de muertos, catrinas y calaveras, mientras que el cura acompaña la procesión haciendo responsos ante los altares u ofrendas, el pregonero va cantando canciones de la temporada. Durante el recorrido se cantan los versos de "la calaverita" y en ocasiones se acompaña con banda de viento o guitarras de rondalla.

En el panteón... Lo pagarán...  
Santa María, viene tú tía  
Denle pancito hasta que se ría  
Pan, pan pa'la calavera,  
Pan, pan pa'la calavera.  
¡De tanto cantar y cantar  
Ya me duele la garganta  
Porque aquí no saben dar  
Esa agüita que ataranta.

### CAYENDO EL MUERTO Y SOLTANDO EL LLANTO

Para conservar esta tradición generé en el año 2015 el primer festival de Todos los Santos y Fieles Difuntos de Tehuixtla para hacer galanura de la creatividad comunitaria y custodiar nuestra cultura, dicho festival fue el primero de su tipo al sur de Morelos y a partir de él, varios municipios de la región han empezado a darle realce a sus fiestas de día de muertos.

Tener hambre no es pecado y menos cuando "se está bruja" (necesitado); el hambre y la sed rara vez matan a alguien, pero la glotonería y la bebida acaban con muchos, por eso es bueno compartir el pan y la sal de la mesa y por supuesto la fruta de la ofrenda. De mis abuelos paternos, al único que conocí fue a mi abuelo Filiberto Espín y apenas un breve tiempo; mi abuela Paulina murió cuando yo estaba recién nacido. Los padres de mi madre murieron cuando ella era jovencita. Jamás supe de las ternezas de ser nieto.



Tuve la fortuna de conocer a mi bisabuela Febronia a quien de cariño yo le decía "Moñita". La primera ofrenda que recuerdo fue la que pusimos en su honor, en casa de mi tío Félix Pineda. "Moñita" le encargó a mi madre, entre otras cosas, organizarle cada año su ofrenda, de ahí mi nostalgia por esta fiesta. Ojalá nunca olvide lo que me dijo una noche antes de encontrarla sin vida en su cama: "Mijo, al que se aleja lo olvidan, y al que se muere, lo entierran".

### LOS VERSOS DE LA CALAVERITA

La calavera tiene hambre,  
¿No hay un pedazo de pan?  
No se lo acaben todo,  
Déjennos la mitad.  
¡Queremos pan!  
¡Queremos pan!  
¿Hay o no hay?  
¿Hay o no hay?  
Taco con chile,  
Taco con sal,  
La calavera  
Quiere cenar.  
La calavera quiere cenar  
Cinco de dulce  
Y cinco de sal  
¡Sí no nos dan!





# EN RECUERDO DE AGUSTÍN AVILÉS RICO EL PELUQUERO QUE ANTES FUE CARTERO

Julián Vences

“Compadre, préstame a tu hijo Agustín para que me ayude a entregar la correspondencia; me acaban de nombrar administrador de Correos en Jojutla”, le dijo el señor Peña a don Mariano Avilés Arellano, allá en Iguala.

“Llévatelo, compadre”, respondió don Mariano.

Ya en Jojutla al joven Agustín le entregaron sus instrumentos de trabajo: un ajado plano para que se aprendiera rápido el nombre de calles y callejones, dos pesadas mochilas de cuero, uniforme con quepí y corbata incluidas, más una resistente bicicleta marca Windsor. Por cinco meses todo marchó bien, hasta que llegó el primer temporal. Las calles después de cada lluvia quedaban como auténticas lagunas y no había de otra más que trabajar entre el lodo. En un hombro se echaba las dos pesadas mochilas y en el otro cargaba la bicicleta. Enfadado, renunció.

Agustín, en Iguala, trabajaba de peluquero, su padre le había enseñado. Con sus ahorritos compró una maquina manual, una navaja, un espejo, tijeras, peine y bledo; en banco sencillo sentaría a sus primeros clientes.

“¿Me daría permiso de ponerme afuerita de su negocio y colgar mi espejo en su pared?”, le dijo a don Bernabé Pacheco.

“Claro que sí muchacho, mientras sea para trabajar decentemente, cuenta con mi permiso”, le respondió.

“¿Cuánto me cobrará?”

“Onde crees, muchacho, si la calle no es mía”.

Después, a escasos cincuenta metros, en el Portal de los López, un



El joven Agustín Avilés Rico

señor instaló una peluquería bien equipada.

“Muchacho, vente a trabajar conmigo, tengo mucha clientela, te conviene”, le dijo ese señor.

“Haz lo que mejor te convenga, pero acuérdate de lo que te voy a decir,

lo mejor es que uno mismo sea su propio patrón; en cuanto puedas, independízate”, le aconsejó don Bernabé el día que Agustín le dio las gracias.

El señor peluquero acostumbraba ofrecerles a sus clientes adultos una, dos o más copitas de mezcal.



Peluquería El Fígaro.

Un día llegó Mario Olea Martíni. “Don Mario tómese un mezcalito”, le ofreció el peluquero. “No amigo, gracias”. “Ándele, mire, el frío lo amerita”, insistió el peluquero, tendiéndole la copa. “Mire amigo, ya le dije que no y si vuelve a insistir, vamos a salir mal, usted me va a querer dar con la navaja y yo con la pistola, así es de que mejor me largo”, respondió Mario, muy enojado. El joven Agustín estaba barriendo. Mario se le quedó mirando. “Y tú, muchacho, ¿cuándo pones tu peluquería?”.

“Nomás que tenga con qué”, respondió Agustín.

“Vete a México, que te hagan el presupuesto y me avisas cuánto te hace falta”, le dijo mientras le daba doscientos pesos sacados de su abultada cartera.

Agustín aventó la escoba, se quitó la bata y sin demora se fue a México. Al otro día fue a ver a Mario y este, sin condiciones y sin firma de nada, le soltó otros quinientos pesos.

“Ordena que te manden todo por ferrocarril, sale más barato”, le sugirió Mario.

Así fue como nació la peluquería “El Fígaro”, en un local de don Chico

Silva, a unos pasos de la Mueblería “El Faro” de los señores Jesús Rodríguez y Oseas Duarte.

Pasado el primer mes, Agustín le llevó el primer abono a Mario.

“Olvídate de abonos muchacho, ese dinero a mí me escoce, es mal habido, me lo dio un cristiano a cambio de que no le aplicara la ley fuga”.

Agustín tuvo su buena y larga racha. Abría a las cinco de la mañana y bajaba la cortina a las diez de la noche. Tanta clientela tenía que desayuno, comida y cena las hacía en la peluquería. Su hermano Alfonso y su hijo Javier llegaron a ayudarlo.

Ah, pero Agustín ponía sus condiciones. Si al momento de mojarle el pelo al cliente le escurría mugre, lo mandaba a bañar y si les notaba liendres o piojos les decía: “No te pelo para no contagiar a los demás”.

“El Fígaro” ahí funcionaría noventa años. Sesenta y tres a cargo de Javier quien dejó el local después de una chapucería legal. Hoy “El Fígaro” continúa en otro domicilio. Pero, esta es historia de otro costal.

El presente relato lo pude hacer con datos proporcionados por Luis Avilés Ocampo, uno de los nueve hijos, todos trabajadores, de don Agustín Avilés Rico.



Agustín Avilés también formaba parte de un Trío de Cuerdas con Pedro Hernández y Salvador Aranda. Tocaban en fiestas.



# ALFONSO AGUILAR REYNOSO “EL MÚSCULO”

Octubre 30 de 1932 \* Enero 25 de 1989

CONCEPCIÓN AGUILAR

“Por tan flaco y porque la gente es irónica, me llaman El Músculo”, nos dijo un día.

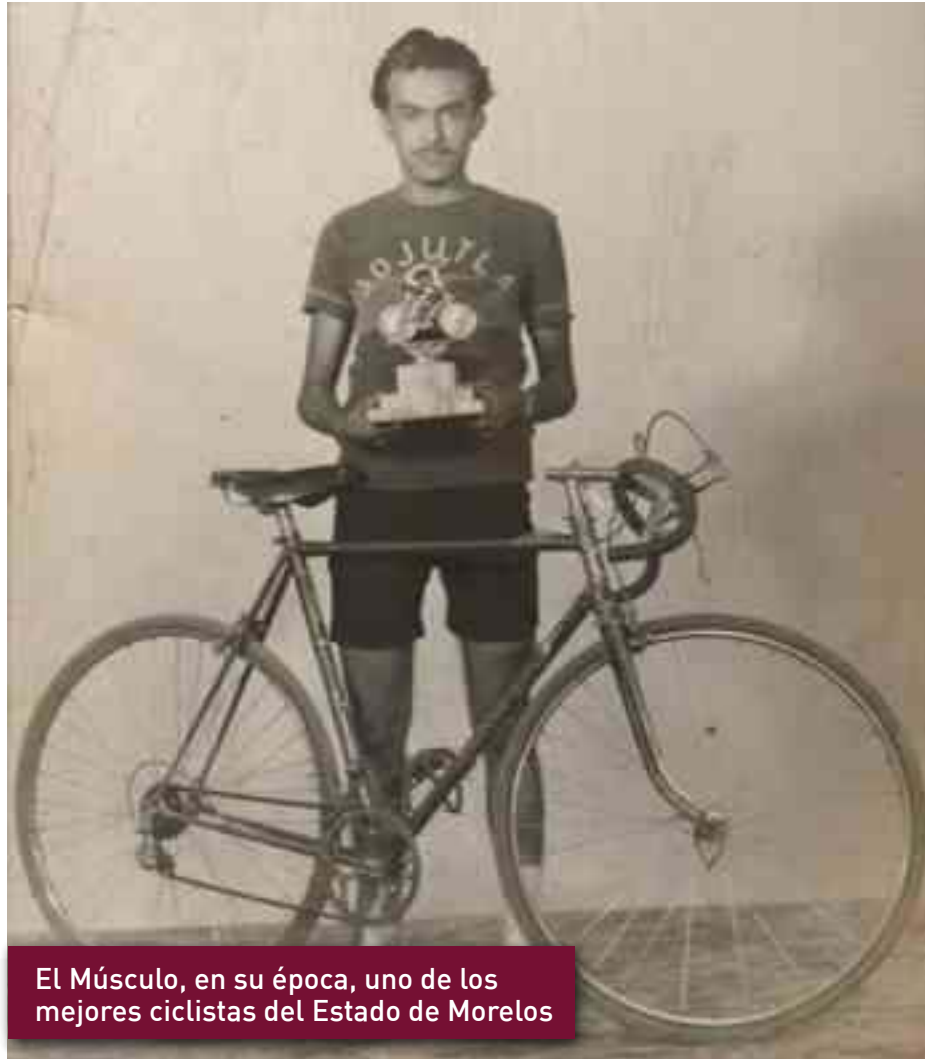
Contaba que sus padres le habían dicho que nació en el bello Estado de Campeche, no lo sabemos a ciencia cierta porque no tuvo Acta de Nacimiento. Sobre su origen recordaba vagamente que habían llegado en barco al Puerto de Veracruz, cargando una maleta antigua con sellos de Belice e Islas Canarias. Probablemente fue uno de los niños huérfanos rescatados de España (Niños de Morelia) durante la guerra civil y asilados por el presidente Lázaro Cárdenas.

Hijo único de María Concepción Reynoso, de la Ciudad de México y del zacatecano Francisco Aguilar Castillo, no conoció algún otro familiar, solo decía que tenía dos primos, uno en Celaya, Guanajuato y que el otro tenía un circo y atracciones de feria y que éste, en una carta le comentó que haría una gira por EUA y después ya no supo de él.

Mi abuelito fue militar y viajaban de un lugar a otro, hasta que lo adscribieron a Guardias Presidenciales, en Palacio Nacional, en cuyos corredores, siendo niño, jugó mi padre con hijos de empleados y políticos de esa época.

Ya retirado de la vida militar, mi abuelito y su familia vinieron a cuidar la finca “La Rivera” en Tehuixtla. Un día viajaron a Jojutla, a comprar algunas cosas, le gustó tanto a mi abuelito, que decidió mudarse aquí, en la bella Jojutla.

Mi abuelita “Doña Conchita”, como cariñosamente le decían, para ayudar con los gastos, puso un puesto de tostadas y tacos en la banqueta de la calle Constitución del 57, a un lado de donde después estuvo Elektra, en aquel entonces era un acceso al Parque de la Fuente de “Las Ranitas”. Los sabrosos antojitos de



El Músculo, en su época, uno de los mejores ciclistas del Estado de Morelos

mi abuelita se hicieron muy famosos, venían a degustarlos personajes como David Silva, Cantinflas, Chachita con su papá y otros más que tenían casas de descanso en Tehuixtla y Tequesquitengo.

Mi abuelito Francisco también fue músico y formó parte de la Banda Municipal.

Mi padre y mis abuelos vivían en la vecindad que estaba en la calle Juárez esquina con Morelos, cerca de la capilla del Barrio de Nexpa. En esa vecindad vivían don Juan Moyado y su esposa Irene Toledo con su hija Mercedes Hernández Toledo y

su nieta Filadelfa Sánchez Hernández, quienes vinieron de Poloncingo, Guerrero. Doña Irene también vendía comida y hacía costuras.

Desafortunadamente muere mi abuelito y mi padre queda huérfano a los trece años. A esta edad aprende a reparar bicicletas y empieza a trabajar para ayudar a su mamá.

Con el tiempo, los vecinos Alfonso y Filadelfa tras un breve noviazgo, se casan en una sencilla ceremonia en la Parroquia de San Miguel Arcángel e inician una maravillosa y ejemplar historia de amor y apoyo mutuo, con ganas de salir adelante





y tener una vida mejor.

Posteriormente mi abuelita Conchita enferma gravemente y pide a mi padre que la lleve con una prima a Celaya y allá muere.

Mi padre queda huérfano otra vez, pero ahora contaba con la fuerte compañía de mi madre, un gran pilar.

Después vivieron en otra vecindad, a la vuelta de "Los Chicos", en el mismo Barrio de Nexpa. Ahí, con la ayuda de una partera, nací yo. Después vivimos en una casa antigua en la calle de Zarco, donde mi padre tenía su taller de bicicletas y refacciones. Empezó a alquilar bicis. A veces, por no pagarle, las dejaban abandonadas en la alameda o en cerca de la escuela Juan Jacobo Rousseau, le avisaban e iba a recogerlas; cosa curiosa, no se las robaban, sin duda eran otros tiempos. Después fuimos a vivir a la Avenida 5 de febrero, donde hoy está la pastelería "Los Arcos", ahí nacieron mis hermanos Andrea y Alfonso. Cuando le piden a mis padres que desocupáramos la casa, porque la iban a demoler y remodelar, nos

cambiamos a la vecindad de tres casas en la calle Vasco de Quiroga, en mi querida colonia Cuauhtémoc. Mi padre, además de arreglar bicicletas ya había empezado el oficio de herrero. Con ayuda de mis hermanos, trabajando de noche o de madrugada, arregló bastantes puestos y locales del nuevo Mercado Benito Juárez; hizo jaulas, rejas, cortinas metálicas.

Aparte de esforzado y trabajador, fue uno de los mejores ciclistas del Estado de Morelos y ferviente promotor de este noble deporte.

También participó en la vida política del municipio, cuando en el PRI había gente honesta de la talla del doctor Lauro Ortega o del señor Adalberto Sámano. Él apoyaba, sin más interés que el del progreso del pueblo, nunca aceptó ningún cargo. "Soy feliz con mis oficios", decía.

Él y mi mamá participaron en el Movimiento Familiar Cristiano y en el Patronato Pro Construcción del Santuario del Señor de Tula.

"Hija, compraré un vochito, ya lo tengo visto, está viejito, pero yo lo arreglo, para que en él te vayas a

trabajar", me dijo un día de 1977, cuando yo empecé a trabajar de maestra de primaria en el lindo pueblo de Ticumán.

"No papá, no es necesario; te lo agradezco mucho, pero mejor ahorraremos para comprar un terreno y hacernos una casita", le respondí.

El sueño tardó un poco, pero Dios lo hizo realidad. Con el esfuerzo de todos adquirimos el terreno donde actualmente se ubica la casa familiar.

Él tenía 57 años de edad cuando aquí se apagó la hermosa luz que irradiaba y ahora resplandece con más fuerza en el cielo, al lado de Dios Nuestro Señor, en su descanso eterno.

Sus descendientes somos Urbano Aguilar (ingeniero químico) y los profesores Francisco, Andrea, Alfonso y quien aquí derrama lágrimas de nostalgia y un poco de tinta: Concepción.

Nos dejó un gran e importante legado: la cultura del esfuerzo, honestidad, integridad y sencillez. Más que lo material, buscó siempre la felicidad.



Colocando la primera piedra en el anterior Santuario del Señor de Tula. Atestiguan los padres Ramón Barajas y José Espín, el profesor Lupito Bahena, Ruperto Coronel y El Músculo.



Así alzaba 150 kilos en una obra de teatro cómico.



# EN RECUERDO DEL TELEGRAFISTA SALVADOR PORTILLO OLAYO

Julián Vences

Salvador Portillo Olayo, michoacano de nacimiento (Huetamo \* 1925) entró de aprendiz en la oficina de telégrafos a la edad de dieciséis años. Aprende el lenguaje Morse en menos de un año y lo mandan como telegrafista a Iguala, Guerrero.

En Iguala conoce a la joven modista Humbertina Arellano Espinosa y, con ella, allá, se casa el 20 de abril de 1952. Ese mismo año, después que Salvador había demostrado ser eficaz y responsable trabajador, lo envían a la oficina de Jojutla en calidad de administrador.

La oficina de telégrafos se localizaba a un costado del Palacio Municipal, exactamente donde hoy está una tienda Oxxo. Antes de la ubicación actual (frente al mercado, 1970), Telégrafos pasó por otros dos domicilios: Esquina de Ricardo Sánchez y Pensador Mexicano (frente a la que fue papelería La Teresita, casa de los Valle) donde permanece dos años y, en 1960 se traslada a Rivapalacio 104 lugar que ocuparía por diez años.

Don Salvador fungió 23 años como administrador de Telégrafos, teniendo bajo su mando a Fortunato Morales Francisco y David Portillo Almazán. Durante esos años también sobresalió como entusiasta integrante del Club Rotario junto a Jesús Rodríguez, Oseas Duarte, Juvenal



Salvador Portillo Olayo.



El padre Ángel Ayala rociando agua bendita en la nueva oficina de Telégrafos, ubicada en calle Altamirano, frente al mercado Benito Juárez.

García, Guadalupe Bahena, María Villalobos, Gerardo Porcayo, Carlos Anzurez y Juan Estrada, entre otros, colaboró en beneficio de personas necesitadas, especialmente niños pobres. No obstante tener casi 34 años

de servicio optó por no jubilarse pues sus hijos Salvador y Juan aún cursaban la carrera. "Numerosas ocasiones --relata Salvador, el hijo ingeniero en Comunicaciones y Electrónica-- acompañé a mi padre a reparar



las líneas telegráficas dañadas por rayos, tormentas o caídas de ramas, unas veces caminando y otras en el armón (vehículo de vía impulsado a mano) ya fuera en la vía angosta del tren de vapor de Cuautla a Puente de Ixtla o en el de vía ancha de Ciudad de México a Río Balsas. Reparar líneas no le correspondía a mi padre, sin embargo, lo hacía por su sentido de lealtad y servicio para con la empresa y usuarios. Recuerdo con agrado que en la estación Jojutla doña Meche vendía unos tlacoyos increíbles, aderezados con una salsa extraordinaria.

“Intenté aprender el noble oficio de telegrafista –continúa Salvador--, pero mi capacidad auditiva no dio para más y no pude adquirir la habilidad para reconocer los puntos y rayas del lenguaje Morse”.

Sus dos hijas sí aprendieron el oficio de telegrafista. Teresa empezó en Lagos de Moreno, Jalisco, pasó por Tehuixtla y Zacatepec. Carmen trabajaría en Xochitepec, Cuernavaca, Cuautla y Tlaquiltenango. Las dos, hoy, felizmente jubiladas.

Don Salvador Portillo Olayo después de transmitir miles y miles de informes, saludos, felicitaciones, buenas y malas noticias, murió el 14 de julio de 1975, a los 49 años de edad. Ya no pudo alcanzar una de sus metas: integrar la representación sindical del gremio telegrafista nacional, con sede en la calle de Fresno, a un costado de la Escuela Normal de Maestros.



Credencial que acreditó a Salvador Portillo como secretario regional de la Federación de Sindicatos al Servicio del Estado.



En los extremos el arquitecto Ricardo Zúñiga y Salvador Portillo.



En el extremo derecho, de cuclillas, el profesor Juvenal, detrás de él, de pie, Salvador Portillo.



# DOS INUNDACIONES EN JOJUTLA: 1956 Y 1957

Julián Vences

Martha Vazquez, bisnieta de doña Jovita Sánchez nos permite el acceso al interesante acervo fotográfico y documental de su bisabuela y, así, podemos enterarnos que en 1956 y en 1957 Jojutla se inundó.

En la primera foto, al centro, Arturo Vázquez, papá de Martha, muestra una mojarra atrapada en esas aguas que no eran de drenaje sino desbordamientos de los apantles y del río Apatlaco. A la izquierda, de Arturo, con camiseta blanca, está su hermano Gerardo, fallecido hace cinco meses.

La segunda foto corresponde al reverso de la anterior imagen, en ella se aprecia, con letra clara y de elegante trazo, la fecha en que ocurrió.

La tercera foto (1957) nos permite apreciar la entrada oriente del mercado viejo (calle Cuauhtémoc) y se nota al frente además del autobús México Zacatepec negocios cerrados, entre ellos la Tlapalería EL ESFUERZO, del señor Donato Benítez. Hoy sabemos por Miriam Catalina Puente Quevedo que el chofer del autobús a media calle era su abuelito Felipe Escárcega Téllez.

Luis Avilés refiere que esa mañana, ante el asombro y admiración de muchísima gente, el jovencuelo Ricardo Andrade, el hijo de la carnicera Hermelinda Arenas navegaba dentro del enorme cazo donde freían el chicharrón y que la pala de madera le servía de remo.

Frida Vazquez refiere que en la esquina del mercado



estaba la dulcería LA GLORIA de la señora Godeleba, esposa del señor Villegas. La cuarta foto de Luis Avilés Ocampo, corresponde a otra vista de la inundación sobre la calle Constitución del 57, observándose al fondo Los Portales de los López.

